

Y si Dios fuera mujer

Por Oscar Candia

¿Y si Dios fuera mujer?
pregunta Juan sin inmutarse,
vaya, vaya si Dios fuera mujer
es posible que agnósticos y ateos
no dijéramos no con la cabeza
y dijéramos sí con las entrañas.

Mario Benedetti

¿Qué es un rebelde? Se pregunta Camus. “Un hombre que dice no” [1], se responde. El primer paso, pues, para armar una rebelión, es buscar a aquellas personas que se animan a decir NO.

Cuando nos damos a la tarea de imaginarnos cómo se vería Dios, inevitablemente pensaríamos en ese viejo hombre barbudo (antiquísimo símbolo de masculinidad) y canoso (presunción asumida de sabiduría). A simple vista, la secuencia lógica parecería simple: para creer que Dios puede ser mujer, primero hay que creer que Dios es hombre; y para creer que Dios es hombre, primero hay que creer que Dios existe. La muestra *La Rebelión de las Diosas* de Valeria Franco en la galería Exaetro, nos trae a una serie de diosas insumisas que nos exponen a una realidad antigua: creer que Dios podía ser una mujer no era una excepción en los albores de una civilización, es casi la norma.

Las manos de Valeria Franco entrelazan el terreno textil -el terreno que habita hace ya tiempo- con la historia de la humanidad y el feminismo. El trabajo textil, tan desacreditado históricamente a lo meramente decorativo, sirve en este caso por poderoso vehículo poético para contar la historia de estas diosas primigenias. La gasa, los estampados, los bordados, las redes, coexisten en un campo de batalla de lienzo, trayendo la rebeldía de estas deidades de una forma que sin embargo conmueve por su sencillez.

La rebelión de las diosas nos llama a una insubordinación del orden establecido. A explorar los límites de nuestras creencias y a reinventar la complejidad de nuestra historia como “civilización”.

De cuando Dios era mujer

Hace 35 mil años la evidencia muestra que una gran Diosa primigenia era venerada de distintas formas, con distintos nombres, y en varias zonas de Europa hasta Asia, pasando de civilización en civilización a medida que el ser humano iba asentándose en nuevos terrenos. Las esculturas femeninas de las deidades primigenias están bien documentadas y son abundantes, las representaciones masculinas de dicho periodo histórico son solo un 2% del total de figuras halladas en Europa (Rodríguez, 2000), sabemos que eran deidades femeninas pues se esculpían con rasgos sexuales exagerados (véase la Venus de Willendorf y la venus de Venus de Dolni Vestonice). Las desapariciones de estas deidades y su expulsión a lo meramente “pagano” se da más por procesos de consolidación política de los incipientes estados y la consecuente adopción del poder patriarcal, al cual le convenía tener un Dios y una iglesia dirigida por hombres, que por otros motivos. En las palabras de la propia Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* (1949).

El hombre disfruta de la gran ventaja de tener un Dios que respalde el código que escribe; y dado que el hombre ejerce una autoridad soberana sobre las mujeres, es especialmente afortunado porque esta autoridad le haya sido conferida por el Ser Supremo.

Para unirse a la rebelión de las diosas

Entre desprevenido a la sala de exposición. Solo déjese llevar por el olor penetrante del incienso y sirio en la atmosfera. En la entrada, un gran altar iluminado por velas podría evocarle recuerdos de la infancia. Esa intolerable lágrima que cae por su mejilla podría ser usted de niño frente al santuario de la abuela. Cada lienzo tiene un porqué y se diferencia claramente en cualquier muestra. Amaterasu, la primera deidad que encontrará el espectador en la exposición, es una representación de Kunisada sobre la diosa del sol japonesa, impresa en dos capas de tela transparentes superpuestas que otorgan una profundidad tridimensional. Amaterasu, en este caso, está sobre una delicada y limpia tela blanca. ¿Un intento de Franco arrancarle al abstracto un imaginario tan instalado como limpieza de la cultura oriental japonesa?

A su lado, sigue un giro geográfico, Ashunwerta, *la diosa del resplandor rojo* del pueblo Ishir, rodeada de un aura dorada, es traída por Franco mediante el uso de trozos estampados de tela roja, ninguna dispuesta al azar, pues cada capa está añadida para producir volumen y transmitir una figura abstracta. Es quizás Ashunwerta la que más atención roba, pues la diosa carece de cabeza, aunque una deidad de tales poderes no lo necesite. La aplicación de lentejuelas y cuentas me parece una evocación palpable del dibujo de Bruno Sanchez (1998) y de la leyenda *“la cabeza de Ashunwerta remata en lenguas de fuego que, irradiadas desde el occipital, conforman flamígera cresta y estallan en un haz tiritante de colores (...) [2].*

Si hablamos del culto a las deidades femeninas es imposible no hablar de los mexicas y las *Tonantzin*. “*Nuestra madre, guardiana de la tierra*”, como las llamaban. Franco nuevamente utiliza con soltura la técnica del collage para que, curiosamente, la primera representación realista de un rostro humano no busque evocar realismo sino misticismo y grandeza. Yo sé, pero me pregunto si sabe... Si acaso Tonantzin sabe que 500 años después mi madre es fanática de la serie que tiene como protagonista a la Virgen católica que algunos aseguran es una reencarnación de ella.

¿Cómo poder transmitir la riqueza y el poder que evoca la romana Venus Pompeyana, así tal cual la imaginarían los argonautas? Nuevamente, los colores resultan aliados para construir un aura alrededor de la imagen del fresco que baña de opulencia a la estática escena. Aseguradores del máximo secretismo, no hay rebelión que no pueda tener éxito sin sus lenguajes encriptados. En ese mismo sentido, Valeria logra poner en sus obras un detalle que podría pasar desapercibido y también podría significarnos lo que no es. A prima facie, pues, podría ser una emulación de un antiguo lenguaje, alguna frase encontrada en un campo arqueológico, o los más instruidos pensarían que es el *Nushu*. Pero la misma artística explica que si se lee al dorso el espectador encontrará el grito “Motherless no more”.

Algunas obras, sin embargo, son más recatadas en su lenguaje. Cuenta Franco que los encajes del vestido de la diosa de las serpientes son un juego con las prácticas de la preparación ritual de La Virgen de Caacupé. Por otro lado, Inanna, diosa sumeria de múltiples atributos asignados, está representada por la feminidad de las flores, las hojas y las enredaderas que la envuelven. De África, la poderosa Mae Oxum atrapa la atención por la temperatura de su lienzo. Cual si fuera una muñeca, la composición de la diosa orixá roza el infantilismo intencionalmente. Asumo que para refrescar la propuesta performativa, tarea felizmente bienvenida para no dejar la experiencia en una mera muestra plana y bidimensional.

Y ahora, ¿qué?

Hemos asistido a una insurrección de unas deidades femeninas ante el orden patriarcal establecido. Y no es que tengan que dar una arenga muy extendida para justificarlo, pues su sola presencia es ya un acto de rebeldía. Al salir de la muestra, es muy probable que los límites de sus creencias hayan adquirido nuevas latitudes. *Chapeau* por eso. Pero también es posible que la sacudida haya sido muy fuerte y los trozos de verdades se hayan desperdigado por la sala. Nadie dijo que las rebeliones fueran pacíficas siempre. Al salir de la Galería Exaedro lo textil tendrá grabada una nueva impresión en su retina. Y por sobre todo, si sale de la sala y un grito místico con sabor a mujer retumba en su cabeza, felicidades, se ha sumado a la rebelión de las diosas.

Vive la Révolution.



Referencias

- [1] Camus, A. (1951). *El hombre rebelde*
- [2] Escobar, T. (1999). *La maldición de Nemur: Acerca del arte, el mito y el ritual de los indígenas ishir del Gran Chaco paraguayo*. Centro de Artes Visuales / Museo del Barro.
- [3] Rodríguez, P. (2000). *Dios nació mujer*.
- [4] Stone, M. (2021). *Cuando Dios era mujer: Exploración histórica del antiguo culto a la Gran Diosa y la supresión de los ritos de las mujeres*.
- [5] Texto curatorial: *La rebelión de las diosas*. Sandra Dinnendahl López. 2026